

# LA VIDA EJEMPLAR DE UN ESPAÑOL INSIGNE

## HOMENAJE DE «LA VANGUARDIA»

Debido a la hora en que ha sido facilitada la noticia del fallecimiento del insigne polígrafo don Ramón Menéndez Pidal —por voluntad expresa del finado y su familia, tal como indicamos al comienzo de nuestra información— LA VANGUARDIA se ve en la imposibilidad de ampliar con todo el relieve debido la triste nueva. En la edición de mañana este periódico ofrecerá un cumplido homenaje al que fue extraordinario maestro de las letras españolas.

En estos momentos de dolor profundo en toda la nación y, particularmente, en el ancho mundo de la ciencia y de las letras, LA VANGUARDIA quiere sumarse desde aquí al sentimiento que embarga a la familia de don Ramón y elevar una oración por el alma del desaparecido.

(Viene de la página anterior)

tas; Pepe Galiano como poeta y Ramón Menéndez Pidal como filólogo y erudito... Dice más adelante: «Este verano ha estado aquí trabajando en mi biblioteca, R. Menéndez Pidal, y por él he sabido con túbulo que está usted resuelto a escribir el prólogo para el libro que los amigos me dedican.»

El día 7 de septiembre del 98 Valera volvió a acordarse de don Ramón para que ocupase un puesto en la Academia, y al producirse el 16 de octubre otra vacante por muerte de Barrantes, Valera sugirió a don Marcelino que había que procurar elegir como sustituto a J. O. Picón o a Menéndez Pidal. No tardaron en ingresar en ella. Picón entró el primero y ocupó la vacante de Castelar (25-5-99). Por este tiempo, don Ramón se lanza a estudiar las variedades dialectales del castellano y crece la simpatía que le profesa Valera, que en carta a Menéndez y Pelayo del 19-IX-99 pide a este: «Dé usted mis cariñosas expresiones, a Menéndez Pidal.» Dentro del mismo 1899 don Ramón publica «Notas sobre el habla hablada en el Concejo de Lena».

Ya en los umbrales del siglo la muerte de Víctor Balaguer (14-1-1901) promueve una nueva vacante académica, para la que es elegido Menéndez Pidal el 21 de marzo a los 8 días de haber cumplido los 32 años.

El encargado de contestar al discurso de recepción es don Marcelino, que en 28 de diciembre de 1901 escribe desde Santander a Valera, que está en Madrid: «Llevo muy adelantado mi libro sobre «Los romances viejos» Pienso llevar escrito también el discurso de contestación a R. Menéndez Pidal.»

El día 9 de octubre de 1902 Menéndez Pidal ingresaría en la Academia Española y pronunciaría el discurso de recepción acerca de «El condenado por desconfiado» de Tirso de Molina, y los problemas de atribución y paternidad que plantea trabajo éste en el cual rebrotan las investigaciones que había dedicado al «Conde Lucanor».

En 1903 estudiaría la leyenda del Abad Juan de Montemayor y en 1904 daría a conocer su manual elemental de gramática histórica española.

### CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Invitado por el Ateneo de Madrid para formar parte de la Escuela de Estudios Superiores, don Ramón había ya profesado allí desde el año 1896, creando en su alrededor un primer círculo de alumnos que difundieron en seguida la fama de exigente laboriosidad, rigor escrupuloso claridad deslumbrante e idoneidad pedagógica que le caracterizaron siempre. En el año 1899 obtuvo la cátedra de Fisiología Románica de la

Universidad de Madrid y por su aula pasarían las figuras más preclaras de las humanidades españolas concordes todas en subrayar la inmensa deuda que tienen con su magisterio.

Incluso las que luego han cultivado disciplinas distintas, evocan con admiración las inspiraciones recibidas del maestro en punto a aqulilar un método científico impecable y a mantener en la cátedra un clima de calor amistoso excepcional.

### VIAJE DE NOVIOS POR LA RUTA DEL CID

En el año 1900, don Ramón contrajo matrimonio con su discípula María Górriz, a la cual llevaba cinco años. María Górriz ha dejado fama de belleza radiante y serena; tenía ojos verdes claros, resplandecientes de talento. Fue una de las primeras mujeres que franqueó las puertas de la Facultad de Filosofía y Letras. Era maestra nacional cuando entró en ella. La apasionaban enormemente la historia y la filología y la personalidad del joven catedrático de Fisiología Románica la deslumbró. En la España de la época atrajo expectación este matrimonio de intelectuales. Tal fue la última ocasión en que don Ramón Górriz se ofreció a la atención del público. A partir de su matrimonio renunciando bellamente a todo quehacer personal y a desarrollar su vocación se convirtió en auxiliar recatada de su esposo.

Como viaje de novios, los Menéndez Pidal recorrieron la ruta del Cid a pie y a caballo conviviendo con las gentes que pueblan aquellas comarcas y esmerando los viejos posos cidianos que permanecen en su habla y en su mentalidad. Hasta el último día, los dos trabajaron juntos: don Ramón leía varios idiomas seguía los periódicos y las revistas de medio mundo y separaba cuanto pudiera interesar a su esposa. Don Ramón durante su trabajo la consultaba a cada momento.

Dos hijos ha tenido su matrimonio: don Jimena, casada con el matemático físico don Miguel Catalán y don Gonzalo, casado con doña Elisa Vernis. Todos ellos residen en la vecindad de don Ramón y el cuadro familiar que componen los hijos y los nietos rodeándole es un modelo de ternura y de adhesión. Don Gonzalo cursó en la Facultad de Filosofía y Letras y es catedrático insigne y reputado por diversas obras propias y por la fama de haber colaborado profundamente en las de su padre a cuya compañía ha dedicado la flor de su vida.

Recordamos con emoción uno de los últimos viajes de don Ramón a Barcelona, al lado de su hijo en cuyo decurso le acompañamos en la visita repetida incontables veces por él, del barrio gótico y sus instituciones de cultura.

labios de su hija Jimena los viejos romances que en 1928 publica bajo el título de «Por nueva de romances viejos» poniendo a su frente esta dedicatoria de ofrenda emocionante a su filial colaboradora: «A Jimena que Antígona de mi reguera, recreó mis días de tedio, llevándome a sacar del olvido este romancero».

La Cruzada le sorprende en Madrid. Afrontó las circunstancias con serenidad y defendió durante su estancia en la capital los intereses de la Academia.

### EL ÚLTIMO CUARTO DE SIGLO

Lograda la victoria se reintegra a España y reanuda el ritmo de sus investigaciones sobre el pasado histórico-literario español y vuelve a colaborar en las tareas académicas hasta que el 4 de diciembre de 1947 es reelegido presidente de la docta corporación.

Por este tiempo comienza a aparecer la grandiosa historia de España que viene publicando Espasa Calpe, y en la que los prólogos magistrales a la obra y a los tomos de España romana y España visigoda etcétera proceden de la mano del maestro que la dirige. En el otoño de 1951 el Instituto de Cultura Hispánica le edita su monumental obra «Reliquias de la poesía épica española», en cuyo prólogo —al decir de Dámaso Alonso— «se contiene la mas briosa y compacta defensa de la continuidad tradicional, defensa escrita por un hombre de ochenta años, pero con una pluma juvenil y animosa, quizá mas animosa que en obra alguna de su juventud».

Semanas más tarde —el 6 de noviembre de 1951— la Universidad de Madrid le ofrece homenaje a través de la pa-

labra de Dámaso Alonso, y en dicho acto don Ramón vuelve a poner cátedra con su lección acerca de «Los Reyes Católicos según Maquiavelo y Castiglione» que a comienzos de 1952 es editada por la sección de publicaciones de la Universidad de Madrid.

Diserta el 19 de febrero sobre «España como escalón entre la cristiandad y el Islam», y en junio es galardonado con un premio de cinco millones de liras por la Academia Nacional de los Linceos, de Italia emparejándose en el galardón con Tomás Mann. Posteriormente, entre el 20 y 24 del mes de octubre de 1952 don Ramón Menéndez Pidal se trasladó a París y en la Exposición del Libro Español (a cuya inauguración asistió el ministro de Asuntos Exteriores francés M. Schuman) desarrolló una conferencia sobre «La literatura española como clave de tradicionalidad».

### HOMENAJES A UNA VEJEZ EUFORICA

Al cumplir en 1954 el florado maestro los ochenta y cinco años de edad, el ministro de Educación Nacional, que era a la sazón el señor Ruiz Giménez, le visitó en su domicilio, acompañado por el rector de la Universidad madrileña y le entregó personalmente la orden ministerial por la cual se instituyó el «Seminarario Menéndez Pidal», dedicado a proseguir los trabajos a que don Ramón había dedicado la vida entera. Los Centros Gallego y Asturiano de la capital y otras Casas Regionales le tributaron un efusivo homenaje en el curso de un almuerzo. En este acto fue dado a cono-

cer el acuerdo de las Casas Regionales de solicitar para el señor Menéndez Pidal la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo. En 16 de febrero de 1956 recibiría el Premio de Literatura de la Fundación «Juan March».

Cada uno de sus cumpleaños daría ciertamente ocasión a que se repitiesen estos testimonios de afecto y devoción, mas —por razón de la admirable magnitud de la cifra— destacaremos las proporciones que revistieron los agasajos que recibió el año 1964 cuando cumplió noventa y cinco de edad. Sus compañeros de la Real Academia Española le ofrecieron una tarta con noventa y cinco velas. Fue en esta jornada cuando su director anunció la asombrosa noticia de que se aprestaba a marchar en avión a Israel, invitado por aquel Gobierno. Se proponía como es sabido estudiar algunos textos poéticos sefardíes.

Antes de que emprendiese el viaje, las comunidades israelíes de Madrid y de Barcelona le ofrecieron un brillante homenaje de admiración. No sería ésta la primera ocasión en que el maestro había volado en un reactor. A los noventa y dos años había utilizado este medio para un viaje a París, y no recató su aplauso a la rapidez del aparato.

Conociendo la simpatía de don Ramón por los símbolos de su tiempo tuvo Camilo José Cela una idea gentil y oportuna cuando Menéndez Pidal visitó Palma de Mallorca por parecidas fechas: gestionó del Ejército del Aire que despegasen unos reactores que dieran escolta al avión que le conducía, y que luego efectuasen unas pasadas en su honor. El trepidante espectáculo le satisfizo e interesó profundamente.

## PARADIGMA DE LA BONDAD Y LA CORTESIA

Constituiría una tarea ciclópea inventariar los títulos condecoraciones y honores otorgados en el curso de su larga carrera a don Ramón Menéndez Pidal. Recordemos sólo, entre otros, los grados de doctor «Honoris Causa» conferidos por las Universidades de Salamanca, Toulouse, Hamburgo, Tubinga, París, Lovaina, Bruselas, Amsterdam, Génova, La Habana, Bucarest y Bonn, y la pertenencia a veinticuatro Academias de Europa y América.

Con todo, el tributo más relevante viene acaso de la filial devoción de los filólogos y los historiadores de todo el mundo entre los cuales apenas había quien no se considerase discípulo suyo. Recordamos las ovaciones atronadoras que le dedicó, en su almuerzo de clausura el Congreso de Filología Románica reunido en Barcelona y no le cedió en efusiva admiración otro más reciente, en Oxford, adonde acudió con presteza y ánimo el maestro, que rebasaba largamente los noventa años.

Acabamos de bosquejar las obras y desvelos mayores de don Ramón Menéndez Pidal. Con todo, no hemos reflejado así más que una parte mínima de su quehacer; incluso nos atreveríamos a decir, aunque tal cosa produzca sorpresa que la parte menos profunda. La impronta más trascendente dejada por don Ramón en la vida española consiste acaso en la perenne lección de cortesía de sencillez, de puntualidad, la invocación incesante a la bondad y a la gentileza; lo mucho escrito y hablado en fomento de la concordia de los españoles; la batalla incansable contra la improvisación, el desenfado, la marrullería y el desorden, en lo cultural y en lo vital.

José María Pemán significa en estas mismas páginas que la vida insigne de don Ramón está hecha de renuncias. Tuvo que renunciar y dimitir de goces, esparcimientos, comodidades y complacencias de las que apenas prescinde el español más modesto. Citemos por ejemplo el fatigoso

quehacer que debió de reportarle no dejar carta sin contestar, visita sin atender —los periodistas sabemos mucho de su paciencia—, invitación sin agradecer, consulta sin satisfacer.

El más leve de los cumplidos que recibiese, la obligación social que la inmensa mayoría de nosotros dejaría en el aire, tenían en él resonancia fortísima. En cuántas casas españolas no inspiró una carta de Menéndez Pidal —con su letra menuda, disciplinada, instrumento cabal de la mano serena— el recuerdo de que quedasen en el país ejes firmes y exactos, inasequibles a la frivolidad! — P. V.

### Principales obras de don Ramón

Don Ramón Menéndez Pidal escribió más de 500 obras, de las cuales destacamos las siguientes: Poema del Cid (ensayo); Leyenda de los Infantes de Lara; Crónicas Generales de España (catálogo); Manual de Gramática Histórica Española; Cantar del Mio Cid: Texto, gramática y vocabulario; El Romancero Español (romancero hispánico); Poesía Juglaresca y Juglares; Orígenes del Español; Antología de prosistas españoles; Los romances de América; Idea imperial de Carlos V; Flor nueva de romances viejos; El idioma español en sus primeros tiempos; La lengua de Cristóbal Colón; Poesía árabe y poesía europea medieval; Castilla; Toponimia prerrománica hispana; De primitiva lírica española; Estudios literarios; Los españoles en la Historia; España eslabón entre la Cristiandad y el Islam; La chanson de Roland y el neotradicionalismo; El padre Casas; su doble personalidad; El padre Las Casa y la Leyenda Negra; En torno al poema del Cid; El dialecto leonés; Mis páginas preferidas; Reliquias de la poesía épica española; La epopeya castellana a través de la literatura española; La instrucción del Cid; Historia de España. — Cifra.

## UN GENIO SIN EDAD

# LA OTRA CARA DEL NOVENTA Y OCHO

Cientos y acaso miles de españoles hemos tenido el privilegio de formarnos al magisterio vivo de Menéndez Pidal, sea en su cátedra de doctorado que cubre cuarenta años de Universidad española, sea por adscribir a su impar escuela de operarios en torno al ser y al existir de España que fue el Centro de Estudios Históricos, cuando no por asiduos visitantes en su domicilio de la cuesta del Zarzal, en aquel Chamartín entonces apenas asomado sobre la ciudad; como a millares, decenas de miles, mundo adelante, habrán sido los investigadores, y en general los hombres de cultura, para quienes los perfiles de nuestra civilización y los albores mismos de la romanidad vivificada por el aporte bárbarico para formar el mundo moderno se han aclarado merced a los luminosos trabajos de don Ramón. A su diuturna labor de mas de setenta años, desde su estudio primero del Poema del Cid premiado por la Academia Española, y sobre todo desde aquel otro en torno a la leyenda de los Infantes de Lara, galardonado por la Real de la Historia y que innovó de alto abajo en orden a la significación y origen de la épica castellana a tantas y sonadas obras de su prodigiosa actividad de polígrafo y, ayer mismo, a su revolucionaria tesis acerca de la figura del padre Las Casas.

Sóll, una docena de años más joven que su maestro Menéndez Pelayo, quien le acogía en la España ya en 1902, y catedrático de la Central a tres lustros escasos de la pérdida del padre de los romanistas españoles: de aquel Milá y Fontanals cuyas intuiciones sobre nuestra poesía heroico-popular comprobó y estructuró; puente, además, hacia la España vuelta a Europa que querían los regeneracionistas y por modo más efectivo don Francisco Giner, cuando ya se nos ponía el sol, acaso don Ramón haya sido el único de la trascendente generación del 98 que no se limitó a llorar sobre Babilonia. Y que a la tarea de ir hurgando en las ruinas, en las miserias de la España negra prefirió la de potenciar y difundir las constantes de una España en tantos aspectos temprana adelantada a lo demás de Europa. Si sus fecundas vigiliadas consumió acodado sobre libros y manuscritos, desentrañando textos, infundiéndoles nueva voz, también —como sus compañeros de generación— se despejó por la espaciosa y triste España; mas no a recuento de sus desgracias, sino haciendo inventario del saber y del cantar del pueblo y en acopio de obras de ingenios y movimientos de acá del monte que no poca parte tuvieron en ahormar literaria y culturalmente la misma Europa. Sólo él, asimismo de entre los hombres del 98, formó escuela (diganlo sus colaboradores y discípulos: Navarro Tomás, Américo Castro, Onís, Salinas, Sánchez Albornoz, Amado y Dámaso Alonso, Gili, Gaya, Es-

pinosa, Lapesa, etcétera) sentando las bases de una ingente labor investigadora, crítica y de interpretación que a la ciencia hispana asegura excepcional lugar en los modernos estudios humanísticos.

Fue Pidal quien, recibiendo de don Marcelino la antorcha que tan presto, desgraciadamente, hubo este de abandonar, la enorme capacidad de trabajo y la penetración heredadas del maestro montañés acertó a encauzar y traducir en más evidentes y seguros frutos merced a una acción sistemática, una crítica rigurosa y una infatigable labor de equipo. Su lección y su huella centran la vigorosa renovación de los estudios filológicos y literarios en o sobre España en lo que va de siglo. Satisfacciones y honores merced a él prodigados desde todos los rincones del planeta, no alteraron en un átomo su talante campechano y sencillo, su saludable y perenne mocedad espiritual y física, con una curiosidad intelectual y humana jamás saciada, ni valieron a apartarle, hasta el aliento último, de la conciencia de unas responsabilidades dimanantes de la ingente empresa científica y patriótica que se había impuesto. De ahí que su nombre, figura, saberes y métodos queden ligados, no sólo a tantas y trascendentales obras brotadas de su ingenio y su pluma, si que también a las mayores empresas culturales de nuestro tiempo, y no sólo en España. Hasta ayer mismo, cuando su lozana ancianidad aplicaba a retrotraer los orígenes de nuestra lírica, proseguir en la gran obra de recopilación del saber popular, debelar de una vez por todas la leyenda antiespañola, proponer, en fin, su original teoría del estado latente. Amen de sus denodados y eficaces esfuerzos para asegurar la unidad de nuestra lengua en todo su dilatado ámbito vivificando la conciencia de un mundo común a los hispanos. Y sin jamás dejar en relegado término aquella calidad y claridad de sus escritos, de tan varia motivación, que le otorgan lugar señero entre los ensayistas de esta hora.

Medida cumplida —y a fe que era grandiosa—, aunque todavía nos creíamos con razonable derecho a esperar nuevas y válidas aportaciones suyas. Que ese era el privilegio de don Ramón: vivir en olor de multitud, como ningún otro sabio lo conociera, una más que dilatada existencia enteramente dedicada a empresas de cuenta. Que hasta el postrer aliento quiso, y pudo, acomodar al clásico «nulla dies sine linea». Y línea, se entiende, marcada a fuego. No en vano fue, hasta ayer, el más vivo y sin disputa el más universal de nuestros hombres de pluma, en desajuste de años y distancias.

Juan Ramón MASOLIVER

## Los primeros trabajos del gran investigador

### EMBAJADOR DE LA CULTURA ESPAÑOLA

La fama de exquisitez espiritual y ponderación de carácter que nadie regateaba en plena juventud a don Ramón, le procuró un encargo comprometido y honroso: en 1904 fue nombrado comisario del rey de España, escogido como arbitro, para estudiar en Quito y Lima los documentos que iluminasen un conflicto de fronteras entre Ecuador y Perú. A la feliz gestión de nuestro enviado se debió el aquietamiento de las pasiones que el pleito había engendrado y la salvaguardia de la paz entre ambas naciones.

En 1905 contribuyó a la conmemoración del centenario del Quijote y publicó en mayo de 1906 en la revista «Cultura Española» su importante estudio sobre los orígenes de «El convidado de piedra» en el que alude a los precedentes gallegos del tema.

En el siguiente año (1907) al fundarse la Junta para Ampliación de Estudios, Menéndez Pidal es nombrado vocal de la misma y presidente al vacar el cargo en 1934 por fallecimiento de Ramón y Cajal. Poco después se inicia la publicación de una de sus obras más importantes: «Cantar del Mio Cid: Texto gramática y vocabulario», editado el primero en 1908.

Al año siguiente tiene lugar el primer viaje de don Ramón a Norteamérica, pronunciando en Baltimore una serie de conferencias que en 1910 aparecen agrupadas en volumen en Francia traducidas por M. Merimée bajo el título de «L'opée castillane a travers la Litterature Espagnole». También profesó un curso en la Universidad de Nueva York.

Hacia 1910 año en que pasa a dirigir el «Centro de Estudios Históricos» publica el tomo correspondiente a la «Gramática» del poema del Cid rematando su gran obra en torno a la prodigiosa creación del siglo XII con el último y tercer tomo acerca de los «Vo-

cabularios» de la misma, que se publica el mismo año (1912), en que, al morir, en mayo, Menéndez y Pelayo hereda Menéndez Pidal su primado. En el mismo año ingresa en la Real Academia de la Historia.

Un año después (1913), publica en la revista «Libros» su ensayo «El poema del Cid — Valor artístico del poema», y ampliando sus servicios a la cultura patria fundada en 1914 la «Revista de Filología Española».

En el Madrid de la posguerra preside el Ateneo de la calle del Prado en el curso 1919-1920 inaugurándolo, el 29 de noviembre, con su notabilísima conferencia acerca de «La primitiva poesía lírica española» en la que exalta la personalidad de su maestro Menéndez y Pelayo, y valora la lírica medieval gallega.

Su impulso de historiador le induce a completar su visión del Cid literario y mítico con la estampa del héroe de carne y hueso de Rodrigo Díaz de Vivar. Así surge su breve y primorosa monografía «El Cid en la historia» (1921) para ofrecer poco después, en 1924, «El rey Rodrigo en la literatura» y la estupenda monografía «Poesía juglaresca y juglares».

En estos momentos de su trayectoria cuenta don Ramón 55 años, y su prestigio ha quedado contrastado por la crítica universal más exigente.

El 23 de diciembre de 1925 fue elegido, interinamente, por primera vez director de la Academia de la Lengua nombrándole en propiedad el 2 de diciembre del 26 y reelegiéndole para tercer cimerio puesto en 5-XII-29, 1-XII-32 y 5-XII-35. Por aquella época aparece una de sus obras de mayor empeño «Orígenes del español» (1926).

El esfuerzo visual que desde hace años viene realizando provoca un desprendimiento de retina que alarma a sus seguidores y discípulos y le obliga a pasar algún tiempo relativamente inactivo. Relativamente porque son los días en que, reposando en su lecho, oye de